

en la lucha: los consideraban, no sin razón, como el alma de la rebelión reformista, y la guerra parecía como la lucha á muerte entre el clero y el ejército por un lado y los abogados por otro. Márquez hizo subir con su aliento, con su odio, la ola de sangre á donde no se hubiera creído posible que llegara: el fusilamiento de los médicos tuvo una resonancia inmensa en el país y aún más allá; la reacción, que se había colocado fuera del progreso, se puso por ese hecho fuera de la civilización humana: no podía ser aquél *un orden de cosas*; era una sangrienta y homicida aventura; el 11 de Abril la facción anti-reformista hizo su confesión ante el mundo, y la defensora de la religión y las garantías cayó sin máscara en un charco de sangre.

El fracaso de Miramón en Veracruz y el desastre de Degollado en Tacubaya, hacían ver claro que aquella lucha, que desbarataba todos los elementos de trabajo en el país, lo desangraba sin cesar, y obligaba á las poblaciones rurales á huir á los campos ó á explotar sistemáticamente, hasta convertirlos en profesión, el bandolerismo y el guerrillerismo, que solían ser la misma cosa, é hicieron nacer en todas las conciencias en que un rescoldo de patriotismo quedaba, un anhelo infinito y doloroso de paz; sólo el clero y el ejército profesional, identificados profundamente, resistían por un lado á toda transacción que no contuviera en primer término el sacrificio de la Reforma; sólo el grupo cuyas ideas personificaba Juárez, resistía á toda transacción cuya primera cláusula no contuviera la aceptación del pacto del 57. La conciliación era imposible: los particulares comenzaban á desinteresarse de sus votos por el triunfo de determinado partido; el interés hablaba más alto que los sentimientos religiosos, explotados hasta en sus más recónditas raíces por el clero, y ante la perspectiva de las exacciones, de la contribución á la guerrilla en la hacienda, el saqueo ó el plagio y el préstamo forzoso en la ciudad, y el embargo y la prisión en todas partes, una exasperación profunda se adueñaba de cuantos pensaban y no estaban personalmente interesados en la contienda.

Mientras que se escuchaba el golpe monstruoso del martillo de la guerra civil machacando los huesos del país, ambos partidos buscaban el modo de poner de su parte un elemento que rompiera el equilibrio de la balanza y le diese la victoria; las fuerzas reaccionarias reconquistaban el eterno campo de batalla del *Bajío*, pero la reacción era definitivamente vencida en Sonora y Sinaloa, y nuevos jefes liberales saltaban á la arena ó se acercaban al primer término del teatro en aquel sombrío drama, como González Ortega, que por medio de leyes de terror ahuyentó al clero de los Estados que lograba sujetar alternativamente, como Zacatecas y Durango. El ejército reaccionario estaba sentenciado á la victoria; el primer gran desastre que sufriese, lo condenaba á muerte; el constitucionalista, por el contrario, se iba formando de derrota en derrota, se iba enseñando á combatir, iba sintiendo la necesidad de la disciplina y del arte, se iba la milicia cívica transformando en tropa de línea; el viejo ejército formaba al nuevo combatiéndolo sin tregua y venciendo; era aquella lucha una educación.

Como los recursos normales estaban agotados, y apenas exprimiendo mucho se podía encontrar el modo de vivir del día siguiente; como los bienes del clero se habían reducido extraordinariamente, porque las fincas ó estaban á merced de las fuerzas liberales ó adjudicadas ya en virtud de la ley Lerdo ó ocupadas por jefes constitucionalistas, que despojaban las catedrales de su argentería y de sus joyas, y de sus riquezas á cuantas iglesias

podían; como todo esto sentenciaba á una especie de inanición á los partidos, y sólo permitía vivir á las innumerables partidas de salteadores, capitaneadas por bandidos de que eran tipos Rojas y Carbajal con la bandera constitucionalista, y Cobos y Lozada con la bandera de la cruz, era claro que ambos grupos directores iban á recurrir á los empréstitos ruinosos, á los tratados vergonzosos, á la captura de *conductas*, etc.

Importantísimo fué el reconocimiento, muy explícito y muy cordial, que el gobierno de Washington hizo del de Veracruz y que, aunque no inesperado, produjo una especie de estupor entre los conservadores: la ayuda norte-americana en forma de armas y de dinero (otra cosa era imposible) podía serles fatal. El general Miramón lanzó, al mediar el año, un manifiesto en que su *yo* dominaba todo un programa más administrativo, en el sentido puramente concreto de la frase, que político, y eso que confesaba la fuerza incontrastable de la revolución y sus incurables vacilaciones de caudillo. En la tremenda crisis que la República atravesaba, estos programas salían sobrando; los directores de la política estaban absolutamente á merced de las circunstancias; ellas eran todo el programa real; sólo podía subsistir una tendencia general, no una regla. El impetuoso substituto sobrecojió de secreto terror á los representantes de la Iglesia,



D. Tomás Mejía

envolviendo entre protestas de consagración á la *causa de la religión*, como en la jerga de entonces se decía, la idea de que sería preciso respetar los intereses creados por la ley Lerdo de amortización. Pero á todo se decía *amén* cuando el invicto porta-cruz hablaba.

Coincidió con el del señor Miramón el manifiesto-programa del presidente Juárez; probablemente el primero fué una respuesta al segundo. Juárez y sus ministros ofrecían plantear la reforma basada sobre la separación del Estado y de la Iglesia, y se planteó inmediatamente: fundándose en que la conducta del clero durante la guerra civil había sido absolutamente hostil á la causa reformista, se le privaba de sus bienes; esta confiscación, medida eminentemente revolucionaria, porque la Constitución la prohibía, se llamó *nacionalización* de los bienes eclesiásticos. A ella, y como su consecuencia natural, se añadió la

supresión de las órdenes monásticas, la institución del registro civil y varias prohibiciones del orden gubernativo. El manifiesto de Miramón respondía á una premiosa exigencia de las circunstancias, y no acertaba á mirar de frente á lo porvenir; el del presidente y su gobierno lo veía con serena confianza, y hablando de la transformación segura del país por medio del progreso material é intelectual, transformación que tendría por punto de partida el triunfo de la causa reformista, aquellos apóstoles subían á la altísima cima de su fe, y desde allí contemplaban la salida del sol tras las lejanas cimas opuestas; abajo, sobre los valles de Anáhuac, se acumulaban las nubes de temerosas borrascas que debían obscurecerlo todo; aquellos apóstoles profetizaban con suprema clarividencia la indefectible llegada del día: visto desde el punto en que nuestro siglo termina, el manifiesto reaccionario parece un *adiós* balbuceado en la sombra; el de los reformistas es la bienvenida á un mundo nuevo.

Las leyes de Reforma causaron, aunque por todos esperadas, una indecible impresión: el grupo de los interesados en el triunfo creció á compás del espanto mostrado por los que, ya no tanto por consideraciones religiosas que eran terriblemente falaces, como lo ha demostrado con incontrastable evidencia el hecho que todos presenciemos hoy, sino por otras del orden positivo y financiero, tenían que perderlo todo con la nueva legislación. El episcopado habló; formuló, como era su derecho y su deber, una protesta solemne basada sobre este concepto: el gobierno de Veracruz no puede decretar nada porque no es el legítimo; el gobierno legítimo era el emanado del plan de Tacubaya. Esta confesión era bastante para autorizar la nacionalización como pena; suponiendo que el episcopado tuviese razón en el terreno del derecho puro, y no podía tenerla, el gobierno constitucionalista no podía concederle esa razón: habría sido una concesión suicida; de consiguiente, tenía que considerar á la Iglesia como rebelde; de aquí la necesidad de la pena.

El jefe del episcopado mexicano sostenía que la Iglesia no había hecho nada excepcional para favorecer la guerra civil, sino que simplemente había facilitado al gobierno establecido en México los recursos que había pedido, como solía hacerlo. Hagamos á un lado las extraordinarias muestras de naturalísima simpatía en favor de la reacción, y póngase en olvido que no hubo victoria reaccionaria de esas que empapaban la tierra en sangre mexicana que no tuviese su eco de *tedéums* y *aleluyas*; recordemos solamente que la Iglesia, excomulgando á quienes obedeciesen la Constitución y la ley, autorizaba toda resistencia y le daba un carácter formidablemente mortífero, el carácter religioso; este es el hecho plenamente cierto é irrefutablemente documentado: ignoramos si la Iglesia hizo bien ó mal; creyó que hacía bien, los otros creyeron lo contrario y procedieron.

Pero todas estas consideraciones son secundarias: la evolución de la República hacia el completo dominio de sí misma, hacia la plena institución del Estado laico, tenía un obstáculo insuperable: la Iglesia constituida en potencia territorial y espiritual al mismo tiempo: sobre lo espiritual nada podía el Estado, sobre lo material sí; desarmó á su gran adversario de su poder territorial y pasó. Esto era fatal; era necesario: en política la necesidad es la ley, es el criterio de lo justo y de lo injusto. Un individuo puede y debe á veces sacrificarse; un pueblo no. Y lo que estorbaba la evolución del Estado, era también un embarazo para la de la Iglesia: de la Reforma á nuestros días el catolicismo consciente ha ganado más terreno en México del que poseía cuando era dueño absoluto del poder.

Los resultados de la política del gobierno constitucional, que á la larga había de agrupar, que agrupaba ya en torno suyo, con el cebo de los bienes del clero, tantos derechos, tantos intereses y tamaños apetitos, no eran inmediatos, y el país, profundamente agotado, no soportaba, sino por milagro, la prolongación de la crisis. El fin del terrible año de 59 se aproximaba; los reaccionarios, convencidos de la imposibilidad de las transacciones después de las leyes de Reforma, se encontraron forzados á cifrar su única esperanza en la guerra, y, como antes, los dos polos de las combinaciones estratégicas fueron Márquez en Occidente y Miramón en el Oriente. Aniquilar, temporalmente siquiera, los indestructibles ejércitos de Degollado, barrer con los demás, llegar al Pacífico y volver sobre Veracruz y fulminarla, era el plan natural; ese siguió el sustituto Miramón; es verdad que corría el riesgo, no ya de la derrota (en su juvenil arrogancia estaba seguro de dominar á la fortuna), sino de que Márquez, el verdadero héroe de los reactores intransigentes, surgiera entre el humo de una nueva victoria y le arrebatase el poder. Precisamente en esos días el formidable proconsul se había adueñado de una conducta de caudales que iban á exportarse, con pretexto de vestir y armar su ejército, en la miseria; Miramón ordenó la devolución de lo robado y marchó á Guadalajara; tenía que pasar por encima del ejército de Degollado, que había estado á punto de desorganizarse por la retirada de la división del Norte y la escandalosa defección de Vidaurri, que reasumía en su persona la soberanía de una parte de la frontera.

Miramón hizo una admirable campaña en *el Bajío*; en la Estancia de las Vacas aniquiló á Degollado y continuó su marcha triunfal á la capital de Jalisco; en Colima infligió á los constitucionalistas una nueva derrota, y fuerte con el prestigio inmenso de sus victorias, destituyó á Márquez y lo hizo venir á México á responder de su conducta. Así libre, confiado y audaz volvió á la capital aquel caudillo, visiblemente protegido por la Providencia, como hacían notar sus adeptos, y preparó la segunda expedición, la decisiva sobre Veracruz.

La verdad es que todo afligía en el espectáculo que presentaba la República, que todo era desastroso. Una idea llegó á dominar en los jefes de los grupos contendientes: urge apresurar todo; la lucha no puede continuar mucho tiempo sin provocar una intervención extranjera; pero, para darle fin, ya que una transacción es imposible, es indispensable una gruesa suma de dinero que haga segura la superioridad final de un ejército sobre otro. Ante esta necesidad, de la categoría del instinto de la propia conservación, con sus exigencias puramente animales, toda otra noción cedía y se ofuscaba; esta disolución de los sentimientos morales para obedecer á la sugestión de uno solo, es efecto ineludible de las crisis políticas que se prolongan indefinidamente. Los dos partidos estuvieron sujetos á ella; Miramón contrató con la casa de banca dirigida por el negociante suizo Jecker, la emisión de un empréstito de quince millones de pesos, cuyos bonos deberían ser admitidos en una quinta parte en todo pago al Erario y devengarían intereses garantidos á medias por el gobierno y el banquero; éstos fueron los famosos bonos Jecker, que por menos de un millón gravaban al fisco con quince. El gobierno constitucional celebró otro contrato terrible: el tratado Mac-Lane.

Los Estados Unidos se disponían á intervenir en México, y con motivo de la inseguridad de nuestras fronteras, el presidente Buchanan, en un mensaje, había consultado al